

No puede ser y además es imposible

Anecdotario taurino de Cúcharas a José Tomás

No puede ser y además es imposible
Anecdotario taurino de Cúchares a José Tomás

RUBÉN AMÓN

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2010, Rubén Amón

© 2010, Styria de Ediciones y Publicaciones S.L.
Muntaner, 374 – 08006 Barcelona
www.styria.es

Primera edición: mayo de 2010

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de la cubierta: Cristina Payà

Maquetación: Cristina Payà (www.ipstudio.es)

ISBN: 978-84-92520-58-9

Depósito Legal: B-19.359-2010

Impreso y encuadernado por Gráficas Vigor S.A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

*A la memoria de Julián Campo
y a la amistad de Fernando Bermejo*

Índice

Prólogo	11
1. Proezas, éxtasis, orgasmos... y pesadillas.	13
2. Mujeres al borde de una plaza de toros	29
3. De toros y de política (o viceversa)	49
4. Rafael Guerra y el Gallo. Tanto montan	67
5. Cierto. Pero increíble	79
6. Juncal existió. Se llamaba Bojilla	97
7. Religión, superstición y un papa... negro.	105
8. Cuando el valor sólo se supone	123
9. Curro y Paula (Existieron, y se los inventaron)	141
10. De públicos y de plazas	155
11. Toros y cultura (Valga la redundancia)	171
12. José Tomás y Morante: una época del toreo	189
Epílogo. Los diez mandamientos.	205
Galería de imágenes	207
Índice onomástico	223
Breves biografías de los toreros que protagonizan las historias de este libro.	229

Prólogo

El título del libro es la síntesis de una anécdota más o menos verosímil que se le atribuye a Rafael Guerra cuando los devotos del patriarca le contaron que «Manolete» había pegado seis verónicas y media sin enmendarse. Asombrado e incrédulo, el califa cordobés respondió: «Lo que no puede ser no puede ser y además es imposible».

El aforismo se atiene a la fama sentenciosa de Guerrita tanto como demuestra la riqueza del anecdotario taurino y su implicación en las conversaciones profanas. Es el motivo por el que me ha parecido oportuno organizar un compendio. Tan sensible a los episodios históricos y legendarios como abierto a las novedades del repertorio contemporáneo.

De hecho, el itinerario finaliza premeditadamente con un mano a mano entre Morante de la Puebla y José Tomás, a quienes identifica un aura de misterio y una torería intemporal. Ambos han devuelto al arquetipo del torero la excepcionalidad y el asombro. Más o menos como si pretendieran sentirse herederos del linaje de Guerrita.

Lo que no puede ser, no puede ser, decía el patriarca a propósito de la quietud de «Manolete». Le desmintió el «Monstruo», que así llamaban a Manuel Rodríguez, cuando el Guerra asistió a contemplar la proeza de la quietud, pero el objetivo de este anecdotario elude la tentación de cuestionar la verosimilitud histórica de los acontecimientos.

Muchos de ellos se han reconstruido o reelaborado con el paso del tiempo. Otros provienen de la imaginación de sus artífices. Los hay que han circulado en la corriente de la tradición oral, pero también proliferan los que pueden contrastarse desde fuentes complementarias. Empezando por los biógrafos académicos de Luis Miguel Dominguín, cuya dimensión polifacética explica que el «número uno» aparezca en muchos de los capítulos del libro: el valor, el pánico, la política, las mujeres, la superstición, la religión.

La manera de desglosarlos por epígrafes es más arbitraria que metódica. Tampoco he pretendido ordenar las anécdotas cronológicamente. Es premeditado el vaivén del tiempo, como es voluntario haber querido destacar el heroísmo de los toreros. Que no son dioses ni mortales. Y que participan de ambas categorías en la liturgia y en el miedo.

Semejante excepcionalidad es la que justifica la extravagancia de sus vivencias y la «imposibilidad» a la que aludía Guerrita. Los toreros están hechos de otra encarnadura y se realizan en el extremo, en la anomalía. Por eso les ocurren situaciones inverosímiles y se prodigan en comportamientos insólitos y hasta sobrenaturales.

He tenido la fortuna de vivir el mundo de los toros desde dentro. La prueba está en que varias de las anécdotas que aparecen en el libro no las he encontrado en las bibliotecas ni en las revistas. Me las han contado los maestros o las he vivido junto a ellos.

Es el momento de compartirlas, y de mezclarlas con otras historias bien conocidas por el aficionado cabal. Al neófito le parecerán «imposibles», como le sucedió a Guerrita con las verónicas de «Manolete», pero el libro es también una introducción al misterio de la tauromaquia desde las entrañas de sus protagonistas.

Proezas, éxtasis, orgasmo... y pesadillas

El estado de gracia

Los toreros son de otra «encarnadura». Una manera de definir la vocación y el misterio de quienes arriesgan las carnes a cambio de experiencias sublimes. Algunos matadores evocan el orgasmo a propósito de las sensaciones que experimentan en el ruedo. Otros mencionan el estado de abandono corporal. Redundando en la definición que Fernando Arrabal hizo de Morante de la Puebla: «Cuando torea el maestro se deja el cuerpo en el burladero».

Luis Francisco Esplá (Alicante, 1958) prefiere hablar de «estado de gracia». Una dimensión de paz, de misticismo y de asombro que reconoce haber vivido únicamente en tres ocasiones. Son muchas en relación a la vacuidad de los mortales, pero pocas considerando que el maestro alicantino se retiró en 2009 después de haber cumplido 33 años de matador.

El estado de gracia le sorprendió o le vino asistir en los años ochenta. Una vez en Valencia, delante la lidia de un Miura. Otra en Albacete, frente a un astado de Salvador Domecq. Y la última ocasión en Jaén, toreando un ejemplar de Sepúlveda. Ha protagonizado Esplá muchas más faenas de triunfo y de repercusión, pero sólo en aquella trilogía sintió que el cuerpo se elevaba de la arena y que se veía a sí mismo desde fuera, en plan «crisis mística».

Se había olvidado de la tensión y hasta de la técnica. Se había olvidado del cuerpo. Se había olvidado hasta del toro. Fue un trance, una revelación. Inútil resultaba invocarla. El estado de gracia apareció igual que se evaporó, pero hizo comprender al maestro que estaba unos escalones por encima de los mortales. Igual que Santa Teresa en su éxtasis religioso.

La anécdota reviste interés porque desviste la encarnadura de los toreros. Una casta. Unos locos, como decía Ortega y Gasset. Unos héroes, como escribía Lorca. Por eso no quieren retirarse ni consiguen hacerlo. Necesitan oler el miedo, quedarse sin saliva, engallarse cuando las pezuñas del toro percuten la arena como un timbal amenazante. Son pocos los toreros que aprecian el descanso y muchos los que se convierten en inadaptados.

La vida se despoja de alicientes cuando el traje de luces se instala en el armario. Desaparece la pasión, la euforia, el pánico, la cornada, el delirio, la muerte, la creatividad, el público, la incertidumbre, el oro, la oscuridad. Así se explica el recurso de las reapariciones y se entiende el grado de insatisfacción del matador jubilado, a no ser que la alternativa del campo, de la ganadería o del apoderamiento entretenga las frustraciones.



Los ojos del toro

Poco le importa a un matador el trapío, el tamaño de la encarnadura, las puntas astifinas de la res o los kilos. Son rasgos que pertenecen al orgullo del ganadero y a la mirada sugestionada del aficionado. Al torero, en cambio, le asusta o tranquiliza la mirada de los toros.

Los hay que escrutan con bondad y con nobleza. Los hay con los ojos avispadados, encendidos, depredadores. Y también los hay que asustan por la oscuridad o la profundidad de la mirada. Amenazando explícitamente al diestro, «diciéndoles» que le van a coger.

El diálogo es íntimo y se recoge en la elipse del matador y el astado. Nadie puede inmiscuirse ni descifrarlo. Mucho menos cuando el animal se arranca y se desplaza inevitablemente hacia la muleta. Hay toros, entonces, que enseñan con fiereza la sombra de las pupilas. Los hay que lloran y que piden compasión. Curro Vázquez (Linares, 1952) ha tenido que matarlos con la espada. Hubiera preferido no hacerlo, ahorrarles el golpe de gracia, devolverles un gesto de agradecimiento que sólo puede entenderse entre las líneas de esa dialéctica visceral e intuitiva.

Fue Curro Vázquez también quien dejó atónito al ganadero Jaime de Pablo Romero, una mañana de abril en la finca de Sevilla. Precisamente porque le rectificó sin dudar la identidad de un cuatreño cuya cabeza aparecía colgada en el salón de los toros ilustres.

—Perdona, Jaime, pero ese toro no es «Potrico».

—Claro que sí.

—No, «Potrico» no era así.

El ganadero se avino a admitir la verdad después de haber intentado escurrirla. Resulta que la placa que mencionaba a «Potrico» era genuina, pero la cabeza del animal a quien correspondía la inscripción había ardido entre las llamas de un incendio declarado en la finca años antes. Fue la razón por la que Jaime de Pablo Romero decidió sustituirla por otra cabeza. Naturalmente sin imaginar que nadie se percataría del contratiempo.

Curro Vázquez lo hizo. No porque hubiera lidiado a «Potrico» en cuestión, sino porque recordaba «perfectamente» que la res incendiada correspondió a Andrés Hernando en la plaza de Barcelona, al abrigo de la temporada de 1969. quede claro que el «fisonomista» ni siquiera estuvo en el coso catalán. Únicamente se acordaba de «Potrico» gracias al recuerdo de unas imágenes aparecidas la revista *El Ruedo*. Transcurridos 25 años de la faena, se aparecían en la memoria de Curro Vázquez como si fuera un detective, y se las evocaba al ganadero.



Toreo sin desperdicio

Se decía de Manuel Domínguez Campos (1816-1886) que su toreo no tenía desperdicio, aunque el apodo que lo convirtió en morbosa celebridad, «Desperdicios», proviene más bien del heroísmo y hasta el desprecio con que el diestro sevillano se despojó del ojo y otras porquerías que le habían quedado colgando a cuenta de una gravísima cornada.

Ocurrió en la plaza de El Puerto de Santa María durante la lidia del toro «Barrabás», un morlaco de la ganadería Pérez de la Concha, el 1 de junio de 1857. Manuel Domínguez fue víctima de un derrote y el pitón del toro le vació la cuenca del ojo. Lejos de arredrarse, el matador jaleó entre los presentes, tras unos segundos contemplando su ojo desprendido: «Fuera desperdicios». Y prosiguió con la faena hasta despachar al ejemplar que le dejó tuerto por el resto de los días.

No son pocos los historiadores que desmienten la anécdota, pero no existen discrepancias en el momento de atribuir a «Desperdicios» la invención del farol. Quede claro que no es una extrapolación de las trampas del tahúr, sino un lance de capote que consiste en levantarlo sobre la cabeza cuando acomete el animal. Se llame o no se llame «Barrabás».

La machada está a la altura de las peripecias del personaje. Muchas de ellas realizadas en la travesía trasatlántica que entretuvo al matador entre 1835 y 1852. Tal como lo cuenta el escritor Sánchez de Neira, Manuel Domínguez «fue *militar* en la República de Montevideo; *torero*, en Río de Janeiro; *guajiro*, en Buenos Aires; *bravo* con los bravos matones de aquella tierra; *mayoral* de negrada; *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces, e *industrial* traficante».



Espartero el espartano

«Espartero, Espartero, no te vayas a morir/ que las niñas de la Alfalfa/ llevarán luto por ti». La copla que le cantaban a Manuel García (1866-1894) era una premonición. Y el matador parecía bastante consciente de la fatalidad y del destino, puesto que se jactaba de repetir que si un toro habría de matarle que fuera... de Miura.

Acertó. La cabeza de «Perdigón» puede contemplarse en el Museo Taurino de Las Ventas y llama la atención por los alfileres acaramelados de los pitones. Se los clavó al «Espartero» en la plaza de Madrid el 27 de mayo de 1894. El diestro sevillano llegó a tiempo de matar al Miura de un estoconazo, pero no consiguió zafarse de la cornada. Llevado en volandas a la enfermería tuvo tiempo de musitar la última machada: «Doctor, ¿ha sido algo?».

Expiró el «Espartero» después de la inquietud, aunque sobrevive el maestro en un aforismo que se le atribuye indistintamente a los toreros de origen humilde: «Más cornás da el hambre».



Joselito: delirio en México

José Miguel Arroyo, «Joselito» (Madrid, 1969), se quedaba insomne después de retirarse. Había cumplido 34 años cuando lo hizo en 2003 y se despertaba durante la madrugada porque le inquietaban las razones de su existencia. Tenía dinero para aburrirse, y una familia, y una ganadería. No tenía las sensaciones extremas de la tauromaquia. Particularmente los pasajes de abandono que le sorprendían delante de una res por razones difíciles de explicar.

Trató de hacerlo en el invierno de 2010 a invitación del Club Taurino de París. Puntualizando que había tres clases de toreros. Los que esquivan al toro. Los que pegan pases. Y los que sienten.

Estos últimos, parafraseando a Esplá, participan del estado de gracia. Dejan de pensar delante del toro, se olvidan de la técnica, de las distancias, de los terrenos. Los tienen presentes, pero quedan subordinados al sentimiento.

«Es entonces cuando el público se conmueve», explicaba Joselito. «Cualquier espectador —añadía—, puede creerse capaz de torear cuando analiza la faena y descubre los pormenores técnicos. A cambio, cualquier aficionado admite su incapacidad cuando el sentimiento se convierte en la referencia de la faena. Entonces percibes que el público se entrega completamente, como lo has hecho tú mismo delante del toro. Sentir el toreo es mágico. Se produce un abandono espontáneo. La razón, las entendederas, desaparecen y te sientes en el cielo», relataba Joselito delante de una platea particularmente cartesiana.



La amnesia mística de Pepe Luis

¿Podría hablarse entonces de una suerte de crisis metafísica? Pepe Luis Vázquez (Sevilla, 1921) no se atrevía a mencionar expresiones sacrílegas, pero sí evocaba la experiencia alucinante de una faena en la plaza de Valladolid. Concretamente en la temporada de 1951.

Está seguro de que ha sido la mejor tarde de su vida, pero no la recuerda. Más o menos como si hubiera dado «el paso de la sabiduría al conocimiento» (Krishnamurti). Se produjo una suerte de abandono corporal. Hasta el extremo de que el maestro sevillano tiene la sensación de haberse visto torear desde fuera y de haber alcanzado la inmaterialidad. Lo contaba al *Diario de Sevilla*, a propósito de su ochenta cumpleaños.

«Sí. Fue una tarde con ocho toros en la que toreamos Luis Miguel, Manolo González, Litri y yo. Perdí la noción del tiempo. Como si estuviera en una nube. Serían quince o veinte muleta-

zos. El toro se paró en los medios y quedó igualado. Y entonces le di una estocada en el hoyo de las agujas y rodó como una pelota. Estaba como transportado, como si me hubiera emborrachado. Lo viví como si estuviera en una nube. Sentí una satisfacción interior tremenda mientras toreaba. No era consciente de que estaba ante un toro ni ante el público. Cuando maté al toro, fueron mis compañeros los que con sus comentarios me hicieron volver en mí».



Voluptuosamente: Domingo Ortega

Debía tener razón Flaubert cuando aludía al pudor de los voluptuosos. Y es que cuesta trabajo creer que Domingo Ortega (1906-1988), castellano, recio y esculpido en arrugas como una imagen de Salzillo, explicara en términos copulatorios el éxtasis de las grandes faenas.

Pero lo hizo. Concretamente en unas interesantes revelaciones al escritor Marino Gómez Santos. «La cosa más importante que ha ocurrido en mi vida es cuando yo salgo toreando y no sé por qué se me han entregado los toros. Es el dominio de la voluntad del hombre sobre el toro. Es una cosa dulce, suave, casi sensual. Más exactamente entre sensual y voluptuosa. Los grandes momentos de mi vida los pasé en el ruedo. De lo que pasaba después no me daba ni cuenta. La fama es rápida y rotunda. Y cuando uno deja de torear ya ha pasado el momento de recrearse en ella, porque uno queda triturado. A las gentes amigas de los toreros les impresiona ver mucho las cicatrices que a lo largo de una vida activa quedan en el cuerpo. Yo siempre pienso: ¡Si supieran que eso no son sino arañazos comparados con las cicatrices que quedan en el alma! Eso sólo lo sabemos nosotros. Porque de lo que ocurre entre un toro y un torero el público apenas sabe nada».

Domingo Ortega tenía una visión muy clara del toreo: «Ustedes, aficionados, a poco que recuerden, habrán visto muchas veces en las corridas de toros faenas de veinte, treinta, cuarenta pases y el toro cada vez más entero... ¿Cómo es posible que con esa cantidad de pases aparentemente bellos para gran parte del público, el toro no se halla sometido? La respuesta es muy sencilla: lo que ha ocurrido es que el torero ha estado dando pases, y dar pases no es lo mismo que torear».



Un Miura de aspecto humano

El diestro sevillano Tomás Campuzano (Écija, 1957) se encontraba en Huesca y velaba en la habitación del hotel el atragantón que suponía lidiar una corrida de Miura. Su cuadrilla y su apoderado se habían ido a la plaza para resolver los pormenores del sorteo de las reses, así es que el torero aprovechó las horas muertas para echar una cabezada y relajarse.

No pudo hacerlo. Le sobrevino una pesadilla estremecedora a cuenta de un Miura que llamaba a la puerta de la habitación y que tenía un cierto aspecto humano o diabólico. Estaba de pie, como un Belcebú y lucía unas astas afiladas como las agujas de punto.

Tomás Campuzano salió escapando hacia el cuarto de baño, pero la extraña criatura desarboló la puerta y constriñó al maestro a refugiarse debajo de la cama. Fue inútil. Allí estaba el diabólico Miura ahuecando el escondite y arañándolo con unas extrañas garras. Después lo escrutó con la mirada y Campuzano sobrentendió que lo iba a cornear.

Se despertó sobre la cama a tiempo de salvarse. Nunca había tenido una experiencia similar en su vida, aunque la sorpresa de aquella jornada oscense estribó en que la pesadilla se prolongó en el ruedo. Un toro parecido al del sueño, negro y bien armado, lo desafió en la plaza.

La ventaja es que Tomás Campuzano se había aprendido la lección. De hecho, hizo una gran faena al Miura, le cortó las orejas y salió a hombros por la puerta grande.



Soñar y entrenar

José María Manzanares (Alicante, 1954) tenía pesadillas recurrentes cuando perdía el sitio. Es decir, cuando dudaba delante de los toros y le sorprendían las rachas de irregularidad. Le sobresaltaba de noche un sueño más o menos ejemplarizante. Consistía en que se ponía delante del toro, pero era incapaz de hacerse obedecer.

Ni con el capote ni con la muleta. El animal no se daba por aludido delante de los engaños, así es que el maestro parecía resignado a la voltereta. Nervioso, sudoroso, inquieto, José María Manzanares percibía que los toros se le venían al pecho.

La terapia consistía en ponerse a entrenar y a torear de salón. Tratando de comprender las razones por las que el toro del sueño no le hacía ni caso. Muchas veces resultaba baldío el esfuerzo y el análisis. De hecho, Manzanares era capaz de salir al ruedo y de ponerse a torear teniendo la impresión de que la res se lo iba a llevar por delante. «Que sea lo que Dios quiera», se decía para los adentros. Y Dios solía tratarlo con indulgencia.



La pesadilla recurrente de «El Morenillo»

No pueden contarse las noches en que Juan Jiménez, «El Morenillo» (1783-1866), se despertaba sudoroso y congestionado sobre el camastro. Acosaba su sueño un ejemplar de Cabrera a quien había dado muerte en la plaza de Alcalá de Henares el 24 de mayo de 1831.

Necesitó tres pinchazos y ocho estocadas. Necesitó que anocheciera. Necesitó que un peón de confianza rebanara los tendones del animal para inmovilizarlo. Necesitó sabotear a la presidencia. Y es que la autoridad del palco había dispuesto que se empleara la media luna para finiquitar al indestructible ejemplar de Cabrera.

Era un recurso ignominioso que «El Morenillo» no quería tolerar. Menos mal que los espectadores se pusieron de su lado y ovacionaron el último golpe de gracia, pero el ejemplar de Cabrera no terminó de morir. Despertaba todas las noches a «El Morenillo».



Por todo lo bajo

Torear en la plaza madrileña de Las Ventas altera seriamente el sueño de los matadores. Con más razón cuando se anuncian con ganaderías famosas por la fiereza y el tamaño. Que se lo digan a Curro Vázquez, protagonista de una pesadilla cuya delirante trama lo enfrentaba a un ejemplar descomunal del Conde de la Corte.

Tan grande era el bicho que el matador parecía un enano y le resultaba imposible entrar a matar por todo lo alto. Se le ocurrió entonces que la única manera de liquidar al toro consistía en pegarle espadazos por todo lo bajo y asaetear el vientre del animal.

No le gustó al público la decisión del torero, aunque Curro Vázquez se despertó a tiempo de sortear las almohadillas.



Soñar la puerta grande

No todos los sueños se convierten en pesadillas. También existen los presagios felices que se verifican. Bien lo sabe el diestro

extremeño Juan Mora, cuya intensa relación con la plaza de Las Ventas tenía pendiente el símbolo definitivo de la puerta grande.

Soñó con ella la vigilia del mano a mano con Emilio Muñoz que se anunció en Madrid en 1994 con cuatro toros de Sepúlveda y dos (el tercero y el sexto) del Puerto de San Lorenzo. Mora se veía a hombros vestido de rosa y oro. También soñaba que miraba hacia atrás, dejando en su camino el arco neo mudéjar de la plaza y la turba de espectadores.

Nada más despertarse advirtió a su mozo de espadas que se vestiría de rosa y oro. Fue una buena idea y una excelente estrategia de sugestión. Hasta el extremo de que Juan Mora protagonizó la salida a hombros tal como la había soñado.



El imperio de los sentidos

Su Majestad —tratamiento por su señorío con el capote— «El Viti» (Vitigudino, 1938), tan bien cantado por el cantaor flamenco Rafael Farina, el maestro de la muleta y de los naturales, siempre solemne y retraído, decía haber sentido la experiencia del éxtasis en cinco momentos de su carrera. No hablaba de voluptuosidades, sino de emborrachamiento de los sentidos, de pasión. Que lo desequilibraba y desentonaba con la razón.

Se trataba de una experiencia fisiológica, dicho por el maestro salmantino. No se siente dolor físico ni preocupación moral. Habla «El Viti», apodo que le sobrevino por su localidad de origen, de la capacidad de concentrar los sentidos y los sentimientos, hasta el extremo de convertirse en una «especie de elemento móvil».

«No existe lo que está alrededor, únicamente la compenetración del toro y el torero. Se crea un “mundo aparte”». «Te sientes plenamente realizado, eres otra especie de persona».

Antonio Ordóñez experimentaba otras sensaciones no menos intensas en las tardes de plenitud. Muchas de ellas escapaban al triunfo o al conocimiento del público. Era una cuestión bilateral —toro y torero— provista de sensaciones a flor de piel.

«En un momento dado no se oye dónde estás. Es como el trance sexual. Fuera de él no existe nada, no escuchas nada. Hay una especie de relación amorosa. Que deben experimentarla alguna vez todos los artistas para llamarse como tales».



La muerte dulce

César Rincón (Bogotá, 1965) sufrió una gravísima cornada en el coso colombiano de Palmira. Exactamente el 4 de noviembre de 1990. Sintió que el pitón del toro le quemaba la piel, le abrasaba las carnes. Después contempló que un chorro de sangre brotaba del muslo. La res le había partido la femoral y la hemorragia parecía imposible de contenerse.

El resto de la experiencia la cuenta él mismo en su autobiografía *De Madrid al cielo*: «En aquellos momentos yo no tenía conciencia de nada. Era como estar entre nubes y algodones, con un bienestar y una dulzura que nunca había sentido. Era tal la sensación, que hoy día me pregunto si era yo el que la experimentaba, si aquel moribundo con la carne partida y desangrado era César Rincón, el torero que quería ponerse el mundo por montera y cada vez que surgía un contratiempo decía: Hay que seguir.

En aquellos momentos yo no tenía voluntad, veía sombras como nieblas y luces muy suaves. Eso debe ser la muerte. Entre nieblas, recuerdo que quería hablar. Trataba de pedir ayuda, pero no podía, no encontraba mi voz. Esa imposibilidad me producía la extraña angustia de la mudez absoluta. También quería preguntar ¿y ahora qué? Y la voz me salía desde dentro, resonaba

en mi interior y yo sólo podía oírla. Únicamente yo. Los demás tampoco tenían voz ni perfiles. Y tampoco oían. Eran inmateriales y yo empezaba a ser inmaterial.

Y de pronto sentí como una paz inmensa rota por un fogonazo de lucidez; una paz desgarrada por una quiebra, como una grieta de ese imponente sosiego, que era como una resignación sin sufrimientos. Y oigo a un médico, oigo un susurro que dice: Se nos va, se nos va. Es como si se lo dijeran a otra persona. Y después la nada. La nada absoluta».



Envejecer

Francisco Ruiz Miguel (San Fernando, 1949), heroico matador de los ochenta y de los noventa, al que le gustaba lidiar toros de Miura, Victorino y Pablo Romero, tenía fama de león a fuerza de arrimarse. Pero no estaba a salvo del miedo ni del envejecimiento prematuro con que el olor a cloroformo y la presión maltratan a los matadores.

Cuenta el diestro gaditano que se tenía que afeitarse la barba tres veces cuando toreaba en Las Ventas o cuando lo hacía en una situación de máxima responsabilidad. Le crecía en cuestión de minutos, como si el tiempo transcurriera muy rápido. La paradoja consistía en que se le eternizaban las horas que separaban la mañana en el hotel de la tarde en el paseíllo.



Ojeda el franciscano

Paco Ojeda (Sanlúcar, 1954) se emociona todavía hoy cuando evoca la faena que instrumentó a un ejemplar de La Quinta en la feria de San Isidro de 1983. Salió el toro desparramando la vista.